

X

Tristes fueron los días sucesivos, días sombríos en una casa que parece vacía por la ausencia del ser amigo que ha desaparecido para siempre; días pródigos en sufrimientos, que estallan á cada encuentro de cualquier objeto de los que manejaba el muerto á todas horas. De cuando en cuando un recuerdo cae sobre el corazón y le atrofia. Esa es su butaca, esa su sombrilla, dejada en el vestíbulo; ese vaso, que la criada no ha lavado todavía. Y en todas las habitaciones hay cosas de estas abandonadas en cualquier parte; sus tijeras, un guante, el volumen cuyas hojas gastaron sus dedos entorpecidos, y mil nonadas que adquieren dolorosa significación, recuerdos mil, hechos insignificantes.

Y su voz os persigue; creéis oírla; pensáis huir, escaparos á su obsesión. Y, sin embargo,

debéis quedaros, porque hay allí otros que también sufren y se quedan.

Además, Juana estaba agobiada por el recuerdo de lo que había descubierto. Este pensamiento pesaba sobre ella; su corazón herido no se curaba. Su soledad de ahora se aumentaba con este secreto horrible; su última confianza había caído con su última creencia.

Al cabo de algún tiempo el barón, que tenía necesidad de moverse, de cambiar de aire, de salir de la negra pena en que se hundía más y más, se ausentó.

Y la vasta casa, que de cuando en cuando veía desaparecer de este modo á uno de sus amos, recobró su vida serena y normal.

Luego Pablo cayó enfermo; Juana estuvo como loca, y pasó doce días sin dormir, casi sin comer.

El niño se curó; pero su madre quedó espantada ante la idea de que se podía morir. Si esto pasaba, ¿qué haría ella? ¿Qué sería de ella? Y poco á poco sintió nacer en su corazón el ansia de tener otro hijo. Bien pronto soñó con él, dominada nuevamente por su antiguo deseo de ver á su alrededor dos criaturitas, una

niña y un niño. Fué como una obsesión en ella.

Pero desde lo que pasó con Rosalía vivía separada de Julián. Dada la situación en que se hallaban, una aproximación parecía hasta imposible. Julián amaba á otra, lo sabía; y sólo el pensamiento de sufrir otra vez sus caricias hacía estremecer de repugnancia.

Habríase resignado, sin embargo ¡hasta tal punto la halagaba la idea de ser madre otra vez!; pero se preguntaba cómo podría reanudar sus besos. Habríase muerto de humillación antes de dejar que se adivinasen sus intenciones; y él, por su parte, no pensaba en ella, al parecer.

Tal vez hubiera renunciado á su proyecto; pero todas las noches dió en soñar con una niña; la veía jugueteando con Pablo bajo el plátano; y á veces sentía despertarse en ella como una especie de comezón de levantarse é ir, sin pronunciar una palabra, á buscar á su marido en su cuarto. Por dos veces llegó á deslizarse hasta la puerta; pero se volvió vivamente, con el corazón palpitante de vergüenza.

El barón se había marchado; mamáta había muerto; ahora Juana no tenía ya á nadie á quien

poder consultar, á quien fiar sus íntimos secretos.

Entonces se resolvió á buscar al padre Picot y decirle, bajo secreto de confesión, los difíciles proyectos que tenía.

Cuando llegó, leía él su breviario en su jardinito de árboles frutales.

Después de hablar algunos minutos de unas cosas y otras, balbuceó avergonzándose:

—Quisiera confesarme, señor cura.

El sacerdote se quedó asombrado, y levantó los anteojos para mirarla bien; luego se echó á reir:

—No creo que podáis tener pecados muy grandes sobre la conciencia.

Ella se turbó, y dijo:

—No, pero tengo que pedir os un consejo... tan... tan... tan penoso, que no me atrevo á hablaros de esto así como así.

Instantáneamente dejó él su apariencia de hombre bonachón y revistió su carácter sacerdotal:

—Está bien, hija mía, os oiré en el confesionario: vamos.

Pero la joven le detuvo, vacilante, cortada de

improvisó por una especie de escrúpulo que la daba hablar de estas cosas, un tanto vergonzosas, en el recogimiento de una iglesia vacía.

—Pues bien, no... señor Cura... lo que quiero deciros... puedo... puedo decirlo aquí. Mirad, vamos á sentarnos allá abajo, al pie de vuestro pabelloncito.

Dirigiéronse á aquel sitio lentamente, buscando ella la manera de empezar, de abordar la cuestión. Se sentaron.

Entonces, como si se estuviese confesando, empezó:

—Padre mío...—luego vaciló y repitió otra vez:—«Padre mío...»—y se calló, toda turbada.

El sacerdote aguardaba, con las manos cruzadas sobre el vientre. Al ver su turbación, la animó:

—Vamos, hija mía, cualquiera diría que no os atrevéis; vamos, tened valor.

Por fin tomó ella su partido, como un holgazán que se arroja al peligro:

—Padre mío, quisiera tener otro hijo.

El padre Picot no contestó, no comprendía; y ella tuvo que explicarse, balbuciente, aturdida.

—Ahora estoy sola en la vida; mi padre y

mi marido apenas se entienden; mi madre ha muerto, y...—añadió en voz baja que temblaba:—¡El otro día creí ver morir á mi hijo! Entonces, ¿qué hubiera sido de mí?...—

Se calló; el sacerdote, desconcertado, la miraba:

—Vamos, hija mía, lleguemos á la cuestión. Juana repitió:

—¡Quisiera tener otro hijo!

Acostumbrado á las bromas groseras de las aldeanas, que apenas si se recataban de él, respondió el sacerdote con un picaresco movimiento de cabeza:

—Pues eso creo que sólo en vos consiste.

La joven alzó hacia él sus cándidos ojos, y balbuceó, confundida:

—Pero... es que... ya comprendéis que... desde... desde lo que sabéis... de la criada... mi marido y yo vivimos... vivimos completamente separados.

Hecho á las promiscuidades y costumbres campesinas, desprovisto de esa delicadeza, quedó el cura absorto ante esta revelación; creyó, por fin, adivinar lo que realmente deseaba la joven. La miró de soslayo con mirada llena

de benevolencia y simpatía por su desgracia.

—Sí; ahora comprendo perfectamente. Comprendo que la... viudez os pese. Sois joven, estáis buena. Nada; es muy natural, muy natural.

Arrastrado por su naturaleza picaresca de sacerdote campesino, daba ligeras palmaditas en la mano de Juana:

—Los mismos Mandamientos os permiten eso. «Sólo en el matrimonio desearás la obra de la carne.» ¿Os habeis casado, no es verdad? Pues no es para picar rábanos.

A su vez no comprendió ella sus equívocos; pero en cuanto llegó á entenderlos, se puso roja de vergüenza, y se quedó cortada, con los ojos arrasados en lágrimas.

—¡Oh, señor cural! ¿Qué decís? ¿Qué pensáis? Os juro..., os juro...

Y los sollozos la ahogaron.

Sorprendióse él, y se puso á consolarla:

—Vamos, no he querido disgustaros. Gastaba una broma, cosa permitida cuando es honrada. Pero contad conmigo; podeis contar conmigo. Yo veré á M. Julián.

Juana no sabía qué decir. Ahora quería re-

nunciar á esta intervención, que juzgaba torpe y peligrosa, pero no se atrevía; y se fué, después de haber balbuceado:

—¡Muchas gracias, señor cural!

Pasaron ocho días, durante los cuales vivió en una inquietud mortal.

Una noche, á la hora de comer, miróla Julián de una manera extraña, expansiva, galante. Hasta en su actitud había una especie de irónica galantería; y como después de comer salieran á dar un paseo por la avenida de maíta, inclinóse él hacia su oído, y la dijo:

—¡Parece, querida mía, que al fin hemos hecho las paces!

Juana no le contestó. Miraba en el suelo algo así como una línea recta, á la sazón invisible, porque había crecido la hierba sobre ella. Era la huella del pie de la baronesa, que se iba borrando como se borra un recuerdo. Y Juana sentía que su corazón se crispaba, se anegaba en tristeza; sentíase sola en la vida, muy lejos de todo el mundo.

Julián añadió:

—Yo no deseo otra cosa; pero temía disgustarte.

Ponfase el sol, el aire era suave. Vivo deseo de llorar oprimía á Juana; una de esas necesidades de expansión hacia un pecho amigo, una necesidad de abrazar, murmurando sus penas. Un sollozo la subía hasta la garganta. Abrió los brazos, y cayó en los de Julián.

Y lloró. Sorprendido él, miraba sus cabellos, porque no podía ver su rostro, que ella escondía en su pecho. Creyó que le amaba todavía, y depositó en su nuca un beso de condescendencia.

Luego volvieron á casa sin hablar. Julián la siguió, y pasó la noche con ella.

Reanudáronse sus antiguas relaciones, que el vizconde cumplía como un deber que no le desagradaba, y ella sufría como una necesidad penosa, y resuelta á cortarlas para siempre una vez que se sintiese nuevamente embarazada.

Pero pronto advirtió que las caricias de su marido no eran como las de otro tiempo; eran tal vez más refinadas, pero menos completas. La trataba á modo de amante discreto, no como esposo tranquilo.

Ella se asombró, observó, y pronto advirtió

que sus caricias cesaban antes de que pudiera fecundarla.

Una noche, besándole en la boca, murmuró:

—¿Por qué no te entregas á mí del todo, como antes?

Julián se echó á reir:

—Para que no te hagas embarazada.

Ella se estremeció:

—¿Por qué no quieres más hijos?

Con aire de sorpresa, la contestó el vizconde:

—¡Eh! ¿Qué dices? ¿Estás loca? ¿Otro hijo? Vaya, muchas gracias. Basta con uno para tener ocupado á todo el mundo y gastar un dineral. ¡Otro hijo! ¡Gracias!

Juana le estrechó en sus brazos, le besó, envolviéndole en amor y diciéndole en voz baja:

—¡Oh, te lo suplico! ¡Hazme madre otra vez siquiera!

Pero él se incomodó, como resentido:

—Decidamente estás loca. Ahórrame oír necedades; te lo ruego.

Callóse ella, prometiéndose obligarle, por la astucia, á que le diese la felicidad que deseaba.

Entonces intentó prolongar sus besos, repre-

sentando la comedia con delirante ardor, apretándole contra ella con sus dos brazos, crispados, en transportes que simulaba. Empleó todos los subterfugios; pero él no perdía la cabeza, y ni una vez se descuidó.

Entonces, más y más dominada por su encarnizado deseo, dispuesta á arriesgarlo todo, á atreverse á todo, impulsada al extremo, volvió á casa del padre Picot.

Estaba acabando de almorzar, muy colorado, quejándose de unas palpitaciones que sentía después de cada comida. En cuanto la vió entrar, exclamó:

—¿Qué hay?—deseoso de saber el resultado de las negociaciones.

Decidida ahora, y sin timideces púdicas, contestóle ella desde luego:

—Mi marido no quiere tener más hijos.

Volvióse el sacerdote hacia la joven, interesado, dispuesto á entrar, con curiosidad sacerdotal, en estos misterios de alcoba, que le hacían agradable el confesonario. La preguntó:

—¿Cómo es eso?

Entonces, á pesar de su determinación, turbóse para explicarlo:

—Pues... que se niega... se niega á hacerme madre.

El cura, conocedor de estas cosas, comprendió, y se puso á preguntarla con detalles precisos y minuciosos, glotonería de hombre que ayuna.

Luego reflexionó algunos instantes, y, con voz tranquila, como si hubiese hablado de la cosecha, que se preparaba buena, la trazó un plan de conducta hábil, poniendo los puntos sobre las *ies*:

—No tenéis más que un medio, hija mía, y es hacerle creer que estáis embarazada. No tomará precauciones, y conseguiréis quedar en cinta.

Ella se puso colorada en extremo; pero, decidida á todo, insistió:

—¿Y... y si no me cree?

El cura sabía todos los recursos que guían y manejan á los hombres:

—Anunciad vuestro embarazo á todo el mundo; decidlo en todas partes, y acabará por creerlo él mismo.

Y luego añadió, como para absolverse de esta estratagema:

—Estáis en vuestro derecho; la Iglesia no

tolera las relaciones entre hombre y mujer sino con el fin de la procreación.

La joven siguió el astuto consejo, y quince días después anunciaba á Julián que se creía embarazada. Julián dió un salto.

—¡Imposible! Eso no es verdad, dijo.

Indicóle ella la razón de sus sospechas; pero se tranquilizó:

—¡Bah! Espera un poco. Ya verás.

Desde aquel día la preguntaba diariamente:

—¿Qué tal?

Y ella le contestaba siempre:

—No, todavía no; pero me engañaría mucho si no estuviese en cinta.

A su vez crecían las inquietudes de él; estaba furioso, desconsolado, sorprendido. Seguía diciendo:

—No entiendo una palabra en todo esto; ni una palabra. ¡Que me ahorquen si sé cómo ha ocurrido!

Al cabo de un mes, Juana anunciaba por todas partes la noticia, excepto á la condesa Gilberta, por una especie de pudor complicado, lleno de delicadezas.

Desde que por primera vez le dió cuenta de

sus sospechas, no se le acercaba Julián; luego tomó su partido, rabiando, y diciendo:

—Ahí tienes uno que viene sin que le llamen.

Y volvió á entrar en el cuarto de su mujer.

Lo que había previsto el sacerdote se cumplió en todas sus partes. Quedó embarazada.

Entonces, inundada por una alegría delirante, cerró su puerta todas las noches, consagrándose á perpetua castidad, en un transporte de reconocimiento á la vaga divinidad á quien adoraba.

Sentíase otra vez casi dichosa, asombrándose de la prontitud con que se había dulcificado su dolor después de la muerte de su madre. En un principio creyó que no se consolaría nunca, y en dos meses se cerraba aquella llaga viva. Quedábale sólo una tierna melancolía, como un velo de pesar arrojado sobre su vida. Ningún accidente la parecía ya posible. Sus hijos crecerían, la amarían, y ella envejecería tranquila, satisfecha, sin ocuparse en su marido.

A fines del mes de Septiembre, el padre Picot vino á hacer una visita de cumplido, con una sotana nueva, que no llevaba más que ocho días de manchas, y presentó á su sucesor, el

padre Tolbiac. Era éste un sacerdote muy joven, delgado, bajito, de palabra enfática y cuyos ojos, orlados de grandes ojeras, indicaban un alma violenta.

El anciano cura había sido nombrado deán de Gaderville.

Juana se entristeció verdaderamente por este cambio. La figura del buen hombre estaba unida á todos sus recuerdos de joven. Era quien la había casado, quien había bautizado á Pablo y enterrado á la baronesa. No podía pensar en Etouvent sin ver la silueta del padre Picot pasando á lo largo de las granjas, y le quería, porque era alegre y natural.

A pesar de su ascenso, no estaba alegre, al parecer. Decía:

—Me cuesta trabajo marcharme, señora condesa. Hace dieciocho años que estoy aquí. ¡Oh! El pueblo da poco y no vale gran cosa. Los hombres no tienen más religión que la que estrictamente necesitan, y las mujeres, ya lo veis, las mujeres no tienen conducta ninguna. Las jóvenes no pasan por la Iglesia para el matrimonio sino después de hacer una peregrinación á Nuestra Señora de la Leche y Buen

Parto, y la flor de azahar anda barata en el país. Tanto peor; á mí me gusta mucho.

El nuevo cura hacía gestos de impaciencia y se ponía colorado. Bruscamente dijo:

—Conmigo, fuerza será que cambie todo esto.

Parecía un niño rabioso, débil, delgaducho, dentro de su sotana, usada ya, pero limpia.

El padre Picot le miró de soslayo, como hacía en sus momentos de regocijo:

—Mirad, señor cura: para impedir estas cosas tendríais que encadenar á vuestros feligreses; y hasta eso no serviría de nada.

El curita contestó con voz cascada:

—¡Ya lo veremos!

Y el anciano sacerdote sonrió, olfateando su presa:

—La edad os calmará, padre, y también la experiencia; conseguiréis alejar de la iglesia á los últimos fieles, nada más. En este país son creyentes, pero, por el nombre de Dios, tened cuidado. En cuanto á mí, cuando veo entrar en la iglesia una joven que me parece algo abultada, me digo: «Esta me trae un nuevo feligrés,» y trato de casarla. Creedme; no conseguiréis evitar que falten; pero podéis ir á buscar al padre



de la criatura é impedir que abandone á su víctima. Casadlos, padre, casadlos; no os ocupéis en otra cosa.

El nuevo sacerdote respondió rudamente:

—No pensamos lo mismo; es inútil insistir.

Y el padre Picot volvió á echar de menos su aldea, el mar, que veía desde las ventanas de su presbiterio, los vallecillos adonde iba á rezar en su breviario, viendo cómo pasaban de lejos los buques.

Los dos sacerdotes se despidieron. El viejo abrazó á Juana, que se quedó casi llorando.

Ocho días después, el padre Tolbiac volvió. Habló de las reformas que llevaba á cabo, como hubiera podido hacerlo un príncipe al tomar posesión de un reino. Luego suplicó á la vizcondesa que no faltase á la misa del domingo, y comulgase todas las fiestas.

—Vosotros y yo, la dijo, somos la cabeza del país; debemos gobernarle y mostrarnos á él como un ejemplo que deben de imitar. Hace falta que estemos unidos para ser fuertes y respetados. Dándose la mano la iglesia y el castillo, la cabaña nos temerá y nos obedecerá.

La religión de Juana era toda de sentimien-

to; tenía esa fe soñadora que conserva siempre la mujer; y si apenas cumplía sus deberes era, sobre todo, por costumbre guardada en el convento, porque hacía tiempo ya que la filosofía escéptica del barón había echado por tierra sus convicciones.

El padre Picot se contentaba con lo poco que ella podía darle, y no la pedía más. Pero su sucesor, que no la había visto en la misa del domingo anterior, acudió inquieto y severo. Ella no quiso romper con el presbiterio y prometió ir, reservándose no hacerlo sino las primeras semanas, y eso por complacencia.

Pero poco á poco adquirió la costumbre de la iglesia, y sufrió la influencia de aquel curilla íntegro y dominante. Como era mística, la gustaba por su exaltación acalorada. Hacía vibrar en ella la cuerda de poesía religiosa que todas las mujeres tienen en el alma. Su intratable austeridad, su desprecio del mundo y sus sensualidades, su disgusto de las preocupaciones humanas, su amor de Dios, su inexperiencia salvaje y juvenil, su palabra dura, su voluntad inflexible, daban á Juana la idea de lo que debían de ser los mártires; y ella, enferma ya

y martirizada, se dejaba seducir por el rígido fanatismo de aquel niño, ministro del altar, que la llevaba al Cristo consolador, mostrándola cómo las piadosas alegrías de la religión aplacarían todos sus sufrimientos; y se arrodillaba en el confesonario, humillándose, sintiéndose débil y pequeña delante de aquel sacerdote que representaba unos quince años.

Pero pronto fué éste aborrecido por toda la comarca.

De inflexible severidad para consigo mismo, mostrábase con implacable intolerancia para los demás. Había, sobre todo, una cosa que le llenaba de cólera y de indignación: el amor. Hablaba de él en sus sermones con furia, en términos crudos, según la costumbre eclesiástica, arrojando sobre aquel auditorio períodos terribles contra la concupiscencia; y temblaba de furor, convulso, ocupado el espíritu por imágenes que en sus furores evocaba.

Los mozos y las muchachas se dirigían miradas picarescas á través de la iglesia; y los aldeanos viejos, á quienes siempre les gusta bromear acerca de esto, desaprobaban la intolerancia del curita al volver á la granja terminada la misa, al

lado del hijo vestido de blusa azul y de la mujer envuelta en un manto negro. Y toda la comarca se conmovió.

Contábanse en voz baja sus severidades en el confesonario, las severas penitencias que imponía; y como se obstinase en negar la absolución á las mozas cuya castidad había sufrido algún ataque, la mofa se mezcló á la murmuración. En la misa mayor de los días festivos refase la gente al ver que se quedaban en los bancos muchas jóvenes que no iban á comulgar con las demás.

No tardó en espiar á los novios para impedir que se encontrasen, como un guarda persigue á los cazadores furtivos. Cazábalos á lo largo de las cunetas, detrás de las granjas, en las noches de luna, y en las plantaciones de juncos marinos, en la vertiente de las costas bajas.

Una vez descubrió á dos que no se separaron, aunque le vieron; teníanse agarrados por la cintura, y andaban abrazándose por un valle lleno de piedras.

El cura gritó:

—¿Queréis acabar, cochinos?

Y el mozo, volviéndose hacia él, le respondió: